

DOMINGO XII – ORDINARIO (CICLO A)

Jeremías 20,10-13.	<i>Libró la vida del pobre de manos de los impíos</i>
Salmo 68.	<i>Que me escuche tu gran bondad, Señor</i>
Romanos 5,12-15.	<i>No hay proporción entre la culpa y el don: el don no se puede comparar con la caída</i>
Mateo 10,26-33.	<i>No tengáis miedo a los que matan el cuerpo</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Tres veces resuena hoy en el Evangelio una misma invitación de Jesús: «*No tengáis miedo*». No es una frase cualquiera. Es una de las expresiones que más veces aparecen en toda la Biblia. Porque Dios sabe que el miedo es una de las experiencias más profundas del corazón humano.

Tenemos miedo al fracaso, al rechazo, a la enfermedad, a la soledad, al qué dirán, al futuro incierto... Y también, aunque a veces no lo reconozcamos, tenemos miedo de vivir plenamente nuestra fe y de manifestarnos como discípulos de Cristo.

Por eso Jesús hoy nos mira a los ojos y nos dice: «*No tengáis miedo*».

La primera lectura nos presenta al profeta Jeremías. Es un hombre perseguido, calumniado y rechazado. Escucha a la gente conspirar contra él. Incluso sus amigos esperan verlo caer. Sin embargo, en medio de la angustia puede decir: «*El Señor es mi fuerte defensor*». Jeremías no deja de sufrir, pero no permite que el miedo gobierne su vida. Sabe que Dios está con él. Y esa confianza le permite seguir anunciando la verdad.

También nosotros podemos sentirnos como Jeremías. Vivimos en una sociedad donde muchas veces la fe es ridiculizada o relegada al ámbito privado. Hay quien piensa que creer es cosa del pasado. Y existe la tentación de callar para evitar problemas.

Pero el miedo paraliza el apostolado. Cuando tenemos miedo, dejamos de hablar de Dios, dejamos de defender la verdad, dejamos de dar testimonio. Poco a poco la fe se convierte en algo escondido, reducido a la intimidad del corazón.

Sin embargo, Jesús nos dice: «*Lo que os digo al oído pregonadlo desde la azotea*». La Iglesia no existe para ocultar el Evangelio, sino para anunciarlo. El cristiano no está llamado a esconder la luz, sino a ponerla en alto para que ilumine.

Ahora bien, ¿cómo vencer el miedo?

La respuesta del Evangelio es clara: *la confianza en Dios es el gran antídoto contra el miedo*. Jesús utiliza una imagen conmovedora. Habla de los gorriones, pe-

queñas aves aparentemente insignificantes. Y afirma que ninguno cae al suelo sin que lo sepa el Padre. Y después añade: «*Vosotros valéis mucho más que los gorriones*». Hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados. Nada de nuestra vida escapa a la mirada amorosa de Dios.

El miedo nace muchas veces cuando creemos que estamos solos. *La confianza nace cuando descubrimos que estamos en manos de un Padre que nos ama.*

Los santos no fueron personas sin dificultades. Fueron hombres y mujeres que aprendieron a confiar más en Dios que en sus propios temores. Ahí está el testimonio precioso y admirable de san Juan Pablo II que lanzó esta misma exhortación al comienzo de su pontificado y logró tantas cosas.

La segunda lectura nos lleva todavía más lejos. San Pablo nos recuerda que por Adán entró el pecado en el mundo, pero que por Jesucristo llegó algo infinitamente mayor: la gracia.

Y aquí encontramos *otro motivo para no tener miedo*. El pecado nos había encerrado en la derrota, pero Cristo nos ha abierto las puertas de la victoria. El mal no tiene la última palabra. La muerte no tiene la última palabra. El pecado no tiene la última palabra. Jesús ha derramado sobre nosotros el don inmenso de su gracia.

La gracia es la fuerza de Dios actuando en nuestra debilidad. Es la presencia del Espíritu Santo sosteniéndonos cuando las fuerzas humanas no bastan. Es el amor de Dios que nos levanta cuando caemos y nos impulsa cuando nos sentimos incapaces.

Por eso el cristiano puede ser valiente. No porque confíe en sí mismo, sino porque confía en la gracia que ha recibido.

Pidamos hoy al Señor que nos libere de nuestros miedos. Que nos conceda la confianza de Jeremías, la esperanza de san Pablo y la valentía de los apóstoles.

Y que cada vez que participemos en la Eucaristía recibamos una nueva efusión de esa gracia que vence el pecado, derrota el miedo y nos hace capaces de dar testimonio de Cristo ante el mundo.

Porque quien vive apoyado en Dios puede repetir con toda verdad: «*El Señor es mi fuerte defensor. No tendré miedo*».

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Qué miedos han estado más presentes en mi vida (enfermedad, soledad, futuro, pérdida de seres queridos, rechazo, etc.) y cómo me ha ayudado la fe a afrontarlos?

Jesús nos repite: «No tengáis miedo». ¿Qué significa para mí hoy esta llamada del Señor en la etapa de la vida que estoy viviendo?

¿He dejado alguna vez de hablar de Dios o de dar testimonio de mi fe por miedo al qué dirán o a las críticas? ¿Cómo podría ser un testigo más valiente de Cristo?

San Pablo nos recuerda que la gracia de Jesucristo es más grande que el pecado y nuestras debilidades. ¿En qué momentos de mi vida he experimentado especialmente la ayuda y la gracia de Dios?

Para concluir el encuentro: ¿Qué frase de las lecturas o de la homilía me llevo hoy al corazón para vivir durante esta semana?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
